

CONTENIDO

CAPÍTULO 8

INDICE GENERAL

CAP. 7, 2° PARTE

1. Fallecimiento Don Vicente CASARES 243

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO VIII

FALLECIMIENTO

DEL VICEPRESIDENTE 1.º DE LA JUNTA EJECUTIVA NACIONAL

DON VICENTE L. CASARES

La desaparición de este distinguido ciudadano, que reunía á sus merecimientos personales, un alto prestigio social y larga actuación política, vino á privar á la Unión Nacional de un colaborador de consejo, de primera hora.

La Junta Ejecutiva se asoció al duelo público que causó su fallecimiento, tributándole el homenaje de que informan los siguientes documentos:

Copia del acta de la sesión extraordinaria celebrada con motivo
del fallecimiento del señor Vicente L. Casares

Lavalle.
Garro.
Cárdenas.
Gramajo.
Basavilbaso.
R. Jurado.

En Buenos Aires, á los treinta días del mes de Abril de mil novecientos diez, reunidos en el local de la Junta los señores al margen consignados, el señor Presidente manifestó que había citado á sesión extraordinaria con motivo de haber fallecido el Vicepresidente 1.º de la Junta Ejecutiva, señor Vicente L. Casares, y después de poner de relieve las altas prendas morales del extinto y los importantes servicios prestados al Partido concluyó invitando á los presentes á ponerse de pie en homenaje á la memoria del que fué digno Vicepresidente del Partido.

La Junta se pone de pie.

Acto continuo se resuelve:

1.º Designar una Comisión Especial, compuesta por los doctores Carlos Basavilbaso, Benigno Rodríguez Jurado y Lucas Ayarragaray, á fin de velar el cadáver del extinto.

2.º Invitar por los diarios á los miembros del Comité á asistir á la inhumación de sus restos.

3.º Concurrir en corporación al sepelio que se verificará en el Cementerio del Norte, designando al doc-

tor Lucas Ayarragaray para que en nombre de la Junta haga uso de la palabra en ese acto.

4.º Pasar una nota de pésame á la familia del extinto, dándole cuenta de lo resuelto en esta sesión.

Después de lo cual se levantó la sesión, autorizándose al señor Presidente para aprobar el acta.

R. LAVALLE.

Enrique A. Zwanck,
Adolfo Labougle (hijo),
Secretarios.

Buenos Aires, Abril 30 de 1910.

Señora Hercilia Lynch de Casares.

Presente.

Distinguida señora:

La Junta Ejecutiva de la Unión Nacional que tengo el honor de presidir me ha encomendado el doloroso deber de expresar á usted y á su distinguida familia el profundo pesar con que ha recibido la triste nueva del fallecimiento de su digno esposo, respetado Vicepresidente 1.º de la misma, y ciudadano cuya pérdida sentirá el país entero.

La transcripción del acta que adjunto informará á

usted de la forma en que esta Junta ha creído honrar mejor su memoria y demostrar públicamente su duelo.

Acepte usted, señora y su distinguida familia, la expresión de mi consideración más distinguida.

R. LAVALLE.

Enrique A. Zwanck,
Adolfo Labougle (hijo),
Secretarios.

DISCURSO DEL DOCTOR LUCAS AYARRAGARAY

Señores: Hablo en representación de la junta de gobierno de la Unión Nacional, é inclinado al borde de esta tumba formulo la dramática despedida, llena de melancólicas incertidumbres, en presencia del enigma y del misterio, en cuyo seno flotan las pálidas sombras de aquellos que en vida amamos y á cuyo lado luchamos y sufrimos, compartiendo triunfos y decepciones.

El vivo recuerdo que deja Casares en nuestros corazones, la irradiación amable y distinguida que, como un efluvio, se desprendía de su persona, dicen más á los sentimientos de los que me escuchan, que las vanas oraciones fúnebres.

Puedo afirmar que yo soy en este momento la voz

de todos los que conocieron aquel noble carácter, aquel bello espíritu, aquella amable serenidad interior, que inspiró su vida pública y privada. Porque Casares era el derivado genuino del caballero español de buena raza, que ponía en la amistad y en la política su distinción y sus sentimientos elevados, y tenía arraigado el pudor del gentilhomme, que le hacía considerar la brega por su propio interés como algo vergonzoso é indigno. Más de una vez le he visto ser el primero en la acción, y después de alcanzada la victoria, dejar el campo y abandonar la presa, que dentro del criollismo de nuestra política en buena ley le correspondía, para que se saciaran en ella los famélicos de comité. En esa abnegación de sí mismo, estaba el ascendiente de su dirección y el prestigio de su consejo.

Con su distinción de espíritu y de maneras, con su afabilidad espontánea, suavizaba las ásperas emulaciones, desarmaba á los bravotes profesionales que insinúan un lance detrás de cada controversia, y concluía por imprimir cierta nobleza á las menudas querrelas de nuestra política.

Era Casares, ante todo, un hombre de mundo y el tipo del político-caballero, especie que no abunda en las rudas democracias americanas, y solía en lo más ardoroso de las pendencias matizarlas con su elegante escepticismo y la sutileza de su ironía.

Su característica fué la unidad intensa de sus ideas, de sus sentimientos y de su acción, que constituían

una armonía superior de vida, la cual contrastaba, á veces, con las ásperas vehemencias propias de nuestras luchas.

Y así, cuando la desaparición de Pellegrini dejó quebrantado é incoherente el grupo de sus amigos, Casares supo con rara habilidad, reunir las voluntades dispersas, para proseguir en el país una acción de conjunto y de trascendencia, que está llamada á inspirar con nuevos conceptos la política y el gobierno.

Su memoria afable, serena, impregnada de optimismos comunicativos, perdurará en nuestros corazones, porque él fué, por su rectitud y su caballeresca distinción, el intérprete de las aspiraciones nobles y de las miras elevadas de los amigos, que lo contaron con orgullo en su seno.

Hoy venimos sus compañeros de luchas y de afanes á formular el adiós postrero y entregar sus cenizas á la eterna paz!
